

—¡Ah!, gracias, gracias..., señor Willey —exclamó la joven, no quedándole ya duda de que se trataba de salvarla—. La generosa acción que acaba usted de practicar, le dan un lugar distinguido en mi agradecido corazón.

—Pues cuente usted que durará mientras dure mi vida.

—Gracias. Pero en este cuarto, que tiene todo el aspecto de una prisión, no puede usted esperar la llegada de sus padres. Para desvanecer toda sospecha, le he dispuesto a usted otra pieza más decente, a donde suplico a usted se digne pasar, en tanto que nosotros volvemos de desempeñar nuestra comisión, y en compañía de ellos.

Luz, que había adquirido una consoladora confianza con la presencia de Duval, que veía además el respeto del doctor, y que, por último, pensó que si intentaran algo contra su honra, lejos de sacarla de aquel sitio el más retirado, la retendrían en él, no titubeó en obsequiar el deseo de Willey. Al penetrar en la nueva habitación, el corazón de la joven se sintió bañado de mayor confianza y seguridad. Los elegantes muebles que en la pieza había, su higiénica ventilación, los ricos sillones y sofás que la adornaban, todo argüía en favor de las palabras del doctor.

—Adiós, hermosa Luz —dijo éste—; dejamos a usted un momento. Si en tanto que dura nuestra ausencia se le ofreciese a usted algo, abierta queda la puerta de esta pieza para que pueda usted llamar a los criados, si no quiere usted hacer uso de la campanilla.

Esta noticia llenó de confianza y de regocijo a la joven. ¿Podía dudar ya de la sinceridad de las palabras de aquel hombre que se alejaba dejándola en libertad de salir de la estancia, cuya puerta quedaba abierta?

—¡Ah, señor Willey! —exclamó henchida de reconocimiento—. ¡Nunca olvidaré la dicha que me proporciona usted en este instante! Corra usted, corra usted por Dios a anunciar sin tardanza a mis afligidos padres la fausta noticia que les devolverá la felicidad; y usted, hombre generoso que le acompaña —añadió dirigiéndose a Duval—, usted que va a partir para Europa en su compañía; usted, en cuyo rostro he leído desde el instante que se presentó, el interés y la compasión, sentimientos que me han inspirado una confianza ciega y una gratitud profunda, usted reciba como una prueba de mi reconocimiento este medallón que llevo al cuello, y que dondequiera que esté le recordará mi gratitud intensa.

Y la joven se quitó un medallón que había conservado siempre como una alhaja de inestimable precio, y se lo

entregó a Duval, que lo recibió conmovido. Era la primera vez en su vida que la compasión había penetrado en su alma. La virtud y la belleza de aquella joven le habían causado una impresión desconocida y respetuosa.

—Lo conservaré, señorita —dijo con acento tierno y temblando de emoción—, como una joya que me haga amable la virtud y aborrecible el vicio.

Y triste, y como a pesar suyo, se alejó de allí, acompañado del doctor, enviando una mirada afectuosa y compasiva a aquella joven, a quien dejaba en manos de un malvado. Luz correspondió a aquella mirada, con otra de gratitud; y al verse sola en la pieza, cayó de rodillas, dando gracias al Eterno por la próxima dicha que esperaba alcanzar.

CAPITULO XXIV

Asechanzas a la virtud

Al verse fuera de la pieza aquellos dos hombres que parecían el azote de la humanidad, se quedaron mirándose el uno al otro.

—¿Qué le ha parecido a usted la joven, señor Duval? —preguntó el doctor.

—Un ángel.

—¿Es decir, que merece la pena que haya trabajado tanto tiempo por alcanzar lo que dentro de un momento conseguiré?

—¡Ah!, ¡cuánto más valiera, doctor, que desistiese usted de ese pensamiento!

—¿Desistir? ¿Está usted loco?

—Al contrario: la vista de esa joven me ha hecho recobrar el juicio, y nunca como ahora he conocido la fealdad del paso que intenta usted dar para triunfar de su virtud.

—El diablo predicador.

—No; lo digo como lo siento.

—Veo, señor Duval, que vuelven a usted las ridículas ideas que esta tarde invadieron su corazón.

—No lo puedo negar: la presencia de esa joven, su hermosura, su aire de virtud, de candor y de confianza, todo me hace tomar un vivo interés por ella; y si supiese que mi ruego tendría alguna influencia para con usted, yo le suplicaría a usted que lo que se le anunció para inspirarla confianza, y hacerla caer en el lazo que se le ha

tendido, se realizase religiosamente, devolviéndole la felicidad.

—Veo con sentimiento que se va haciendo demasiado compasivo el corazón de usted.

—¿Es decir, que está usted resuelto a perderla?

—Como usted ha resuelto deshacerse de Leopoldo.

—Pero...

—¿No me dijo usted hace un instante, que era preciso hacerle desaparecer esta misma noche de la lista de los vivientes, para que el recuerdo de su felicidad no acabase sus placeres en Europa?

—¡Oh! Eso sí.

—Quiero que reciba usted una lección, para que en lo sucesivo sepa usted cómo se debe atacar una plaza inexpugnable como la de Clotilde.

—¡Ah!, no: yo no quiero ser festigo de la desgracia de la inocente Luz: su afabilidad, su juventud, su celestial belleza, su candor y su ternura me han conmovido, y no quiero que me crea un infame.

—¿Habla usted con sinceridad?—dijo Willey mirando con asombro a su interlocutor.

—Hablo con todas las veras del alma —contestó éste—. Haced, pues, con ella todo lo que queráis, ya que mi súplica no tiene ningún poder para hacerle cambiar de resolución; pero no quiero presenciar su desesperación y sus lágrimas. En la calle espero el resultado, y en ella aguardo a usted para disponer nuestro viaje, y volver a la reunión de Landeta para deshacernos de Leopoldo.

—Bien; no quiero detener a usted ni trato de catequizarle para que presencie mi triunfo. Adiós, pues, y esperad en la calle, mientras yo humillo la altivez de la que mil veces me ha despreciado.

Y el doctor, después de dar la mano a Duval, que bajó en dos saltos la escalera, se dirigió sobre las puntas de los pies para no hacer ruido, hacia el cuarto en que se hallaba la joven. Al llegar a la puerta de la pieza, se detuvo, y asomó cautelosamente la cabeza para ver qué hacía. La hermosa Luz seguía orando de rodillas, bañado su rostro por la luz celestial del placer y de la esperanza. Willey retiró la cabeza para no ser visto, y permaneció quieto, esperando a que acabase de orar. Entre tanto, Duval, cruzado de brazos y arrimado a la puerta de la casa contigua, permanecía cabizbajo, entregado a tristes reflexiones. La memoria de sus víctimas volvió a fijarse con su imaginación de una manera viva, y palideció.

—¡Ah! ¡Soy muy criminal! —pensó—, ¡y esa joven, esa joven que me juzgó dotado de un corazón generoso y compasivo, que se desprendió de este medallón para que piense en su gratitud, también va a sucumbir por mi causa, sí; porque si yo no hubiera asociado a ese hombre en mis asuntos, no hubiera tenido elementos para llevar a cabo el rapto que consumó. ¡Y ya no hay remedio! ¡Quisiera salvarla; pero soy impotente para hacerlo, porque ese hombre me denunciaría! ¡Oh!, si yo la hubiera podido advertir que no se sentase..., que en aquellas lujosas sillas estaba su vergüenza y su deshonor.

Y Duval continuó quieto en el mismo sitio, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¿Pero cómo tengo valor —continuó después de un momento— para fijar la atención en las viles acciones de los demás, cuando la idea de la desgracia de Clotilde y la muerte de Leopoldo preocupan mi imaginación? ¡Ah! ¡Soy un criminal incorregible, puesto que, conociendo el mal que otros causan, no evito las desgracias que yo preparo a mis víctimas!

Y se quedó meditabundo.

Willey, a su vez, esperaba impaciente, al lado de la puerta, a que la hermosa joven acabase su acción de gracias al Eterno. Estaba persuadido de que terminada que fuese, la confiada Luz, fatigada y sin recelo, iría a sentarse en uno de aquellos sillones, que estaban dispuestos de una manera infame para sujetarla. Pero la joven seguía orando sin dar señales de levantarse del sitio en que yacía de rodillas. El doctor se mordió los labios, y temió que fracasase su plan, tan diestra y hábilmente dispuesto. De repente notó que cesaba el rezo, y volvió a asomar la cabeza. Luz se levantaba en aquel instante, y el doctor acarició la esperanza de que se dirigiese a tomar asiento, que era el objeto de todos sus afanes. La hermosa, deseando descansar, se acercó a un sillón.

Willey sonrió de placer. Luz apoyó la mano sobre el respaldo del asiento y se quedó de pie, con los ojos fijos en un punto, como entregada a profundas reflexiones. La impaciencia del doctor crecía a medida que la joven continuaba en aquella actitud. Pasado un momento, la hermosa levantó la mano que tenía apoyada en el respaldo y se dispuso a sentarse. La alegría de los réprobos brilló en el rostro del que esperaba. Pero casi en el mismo instante hizo un gesto de disgusto. Luz, inquieta por el afán que tenía de ver a su familia, y con la memoria de que muy

en breve podría unirse al hombre que adoraba, se levantó cuando iba a sentarse, pareciéndole que las horas pasan más veloces cuando el que espera se encuentra en movimiento. Willey, al notar aquel cambio de pensamiento, hizo un gesto de impaciencia. La joven, bien ajena de pensar que era el objeto de la atención de su raptor, avanzó serena hacia la puerta. Willey se estremeció. No sabía qué hacer; si permanecer allí o retirarse precipitadamente. Lo primero, le parecía exponerse a perderlo todo, si por desgracia Luz se aproximaba y le veía. Lo segundo, pues, juzgó más conveniente. Pero cuando se resolvió a hacerlo, ya la joven se hallaba a corta distancia, y se vió precisado a permanecer quieto, para no alarmarle con el ruido de sus pasos.

La joven se detuvo casi en el umbral de la puerta, pensando si sería conveniente salir o permanecer en la pieza. El doctor, pálido y conteniendo la respiración, se arrimó a la pared cuanto le fué posible. La hermosa dió vuelta en aquel instante, dirigiéndose al centro del cuarto. Willey respiró con libertad. Luz, cansada de esperar de pie, volvió a acercarse al sillón. En el rostro del que espía se retrató la esperanza.

De repente, se oyeron casi a la vez un ruido extraño y un agudo grito lanzado por la joven. El doctor asomó la cabeza, exhaló una exclamación de alegría; y penetrando en la pieza, y cerrando tras sí la puerta, exclamó con satánico placer, que hizo estremecer a la desdichada joven, que se veía sujeta fuertemente por los brazos del sillón:

—¡Ya es mía!

CAPITULO XXV

Sin esperanza

Mientras tenían lugar los acontecimientos que llevamos narrados en el capítulo anterior, Duval permanecía en la calle en espera de su infame amigo. Viendo que tardaba en bajar, se puso a pasearse en la misma acera, pero sin alejarse mucho, para hacer menos pesado y largo el tiempo. La noche, tranquila y serena, formaba contraste con las negras borrascas que combatían su agitado espíritu. Ninguna persona transitaba en la calle. El silencio que reinaba en todas partes era sepulcral. Las puertas de las casas estaban cerradas, y sólo en una que otra tienda, de triste aspecto, de las que se encuentran en el humilde barrio

que nos ocupa, se veía la opaca luz de alguna flaca vela, colocada dentro de algún negro farol de papel, colgado del sucio techo.

De repente, se oyeron pasos en el extremo de la calle. Duval levantó la cabeza, y descubrió el bulto de dos hombres que traían aquella dirección. Fijó la atención en ellos y por el traje que vestían conoció que eran dos personas de la alta sociedad. Esto le sorprendió sobremanera. Y en efecto; la presencia, en aquel barrio y a la hora que era, de dos personas del círculo a que revelaban pertenecer aquéllas, debía sorprenderle. Por aquel rumbo sólo habita gente pobre que no ha entrado en la moda de la levita ni del frac, y por lo mismo, pensó que los que se acercaban debían traer algún objeto muy particular. Para otro hombre, cuya conciencia descansase en las buenas acciones que ha practicado, la presencia de aquellos dos transeuntes no hubiera sido más que un objeto de ligera curiosidad; pero para Duval que tenía a todas horas la aclaración de sus crímenes, era motivo de alarma y de temor.

—¿Qué buscarán por aquí?—murmuró entre dientes.

Y el primer pensamiento que le asaltó le hizo estremecer. Don Félix se hallaba en capilla y próximo a ser conducido al patíbulo. ¿Había podido revelar algo que indicase quiénes eran los asesinos de Flan? Duval palideció con esta idea. Sabía que muchas veces los crímenes más ocultos se descubrían de una manera inesperada y providencial. Su imaginación le presentó en aquel mismo momento mil casos en que la causa de la inocencia había triunfado, cayendo el castigo sobre los verdaderos culpables, cuando más seguros se creían de haber engañado a la justicia.

—Sí —añadió interiormente dominado por el temor que despertaron en su alma aquellos ejemplos—; estos dos hombres pueden ser muy bien dos encargados de la justicia. Habrán sabido tal vez dónde nos hallamos, y vienen a sorprendernos en la casa del doctor.

Y dominado por esta idea, trató de alejarse de aquel sitio para salvarse. Pero era imposible separarse de allí, sin llamar a su vez la atención de los que se acercaban.

—¿Qué hacer? —pensó inquieto y sobresaltado—. Penetrar en la casa de Willey para avisarle del peligro y esconderme en ella, es entregarme a mis enemigos, que sin duda vienen a apoderarse de los que la habitan.

Y dirigió a todas partes la espantada vista, buscando un punto por donde pudiera salvarse. Las dos personas que se acercaban estaban ya a pocos pasos.